

Filología

N.º10

Abril de 2019

Filología

Gacetilla académica y cultural

Gacetilla bimestral, Vol. 3

Abril de 2019

ISSN: 2619 - 5305 (en línea)

Medellín, Antioquia

Dirección editorial:

Santiago Hernández

Maira Alejandra Zapata

Asistencia editorial:

Mirey Córdoba Pérez

Maira Alejandra Barragán

Sebastián Agudelo

Julio Roperó

Diagramación y diseño:

Mirey Córdoba Pérez J

Johnnatan Naranjo Cuadros

Arley David Palomino

Índice

4 Editorial

El envés de las palabras. Trilogía 1, texto 2

7

Pedro Agudelo Rendón

11

An principatus Augusti merito inter feliciores reipublicae
Romanae aetates numeretur?

Traducción y notas por David Arboleda Méndez

“Luck” de Mark Twain

20

Traducción por: Sebastián Santamaría

25

“Sessiz Gemi” (Traducción)

Traducción por: Sebastián Naranjo Monsalve

Que me parta un verso

28

Álvaro Cruz

30

Poema VIII

Yuliet Andrea Tirado

Basil, domador de tormentas

32

Spadáfora

37

El visitante

Andrés Dickinson

Lectura recomendada: “Del tema al problema”

32

Editorial

Filología es un medio en construcción. Del mismo modo, sus integrantes se encuentran en una constante formación referida, en primer lugar, a lo académico. Durante la entrega de los diversos números el medio ha vivido, producto de la dicha construcción, varios cambios de sencillísimo rastreo, cambios que deben comprenderse como resultado de su nunca estática administración. Estas son las razones por las que durante los números publicados, incluyendo este, se han presentado tantos inconvenientes, desde irregularidades en la periodicidad de las publicaciones hasta las casi indefectibles erratas. Sin embargo, a pesar de los inconvenientes, el proyecto se ha mantenido en pie gracias a la colaboración de todas las personas que se han hecho partícipes del

mismo, bien como lectores, colaboradores o autores, o bien como correctores, diagramadores o editores.

Para este número hemos recibido la colaboración de diversos compañeros que, con un notable interés en el proyecto, nos han compartido sus producciones para que sean publicadas. Dentro de las producciones encontramos unos interesantes dibujos de Felipe Taborda que, por su naturaleza, se abren a una cantidad infinita de interpretaciones, asimismo, contamos con una serie de ilustraciones de Maira Alejandra Zapata que se basan en antiguas obras del Medioevo y el Renacimiento temprano; también ofrecemos en este número una selección de bellísimos poemas, uno de

ellos nos lo comparte la compañera Yuliet Andrea Tirado y trata sobre la partida de un ser querido y sobre los efectos de la ausencia, otro es de autoría de Álvaro Cruz y trata sobre la necesidad de la poesía para el mundo y su capacidad de repercusión, y, para finalizar con los poemas, tenemos la alegría de presentarles una hermosísima traducción del poema turco Sessiz Gemi, que trata del mismo modo sobre la partida, esta vez de un navío, por Sebastián Naranjo. Contamos, además, con un par más de traducciones. El compañero Sebastián Santamaría Présiga nos ha colaborado con su traducción del relato *Luck* de Mark Twain, cuyo título es muy dicente y trata sobre las vicisitudes en las que una persona puede estar envuelto y cómo la suerte se vuelve un factor importante para el desarrollo de, incluso, una vida. David Arboleda Méndez nos ha enviado su traducción de uno de los textos que hicieron parte de una serie de ejercicios requeridos para evaluar una de las materias, *latinitas*, del currículum de formación del joven Marx. Andrés Dickinson participa del número con su relato *El visitante*, en el que cuenta la travesía de un pequeño

insecto por el brazo del narrador. Y, de mano de Spadáfora tenemos el relato de una tormenta, la inundación de una vivienda y la actitud de Basil, el protagonista, frente a la situación. El profesor Pedro Agudelo Rendón nos comparte el primer texto de su segunda trilogía *El envés de la tristeza*, en el cual nos presenta de manera poética sus consideraciones respecto a la muerte y sus efectos. Por último, les extendemos la invitación a leer el breve ensayo del profesor Renán Silva en el que habla sobre los problemas de investigación y la importancia de asumir una postura crítica respecto al tema a tratar, puesto que de lo contrario se estaría cayendo en un deductivismo peligroso e irresponsable.

Les deseamos una provechosa lectura.

Miscelánea

Miscelánea

El envés de la tristeza. Trilogía 2, texto 1.

Por: Pedro Agudelo Rendón
pagudel3@gmail.com

NARRACIÓN

Hilos de tiempo

Lo único que nos separa de la muerte es el tiempo

Ernest Hemingway

A Gerard Genette

In memoriam

A Johana,

una mujer hecha de alegría y globos de
color azul.

In memoriam

La muerte es un templo que dice
el nombre de las cosas sin nombrar el
vacío del que está hecha la realidad, un
hueco y un agujero en el que se esconden
los templos de tiempos antiguos,

una oquedad en la que cabe una lágrima sin necesidad de llorar o en la que se meten los ratones de la tristeza para ruñir las alegrías que dicen lo que somos cuando caminamos solos. Camina por el aire y se bate en combate con el aliento que sostiene nuestra vida, se torna pompa de jabón para explotar en nuestro rostro y recordarnos la fragilidad de nuestra existencia. A veces se ríe y a veces nos hace llorar. Lloramos sin sentido cuando la muerte se va y cuando la muerte se nos lleva un pedazo de lo que somos y, en ocasiones, le damos sentido al vacío que llevamos dentro con el vacío que nos deja. Es la máscara de la muerte y la forma en que trama sus hilos de tiempo, es la farsa que punza las letras de nuestro nombre y fractura los muros de nuestra piel, es el tiempo hecho un relato que se quiebra con la tristeza como si fuéramos los personajes de su espectáculo.

Nos hace trampa. Nos dice su nombre en secreto, pero su secreto es el frío de nieve que deja en nuestro cuerpo. Nos dice el fin del mundo, pero nos niega las formas del recuerdo. Ella es el mismo tiempo. El relato. La muerte.

Ella construye hilos y figuras (*Figuras I, Figuras II o Figuras III*)[1]. Así empieza la historia de la vida, como si fuera la historia de un cuento o de una narración que traspasa las barreras del texto de ficción que tejemos entre todos. Entonces la vida se despide dejando el nudo entre los labios, dejando la trama a medio empezar. Una retrospectión es necesaria. Una proyección. Una expansión de las formas en que la muerte le dice adiós a la vida.

Allí está Genette, apoltronado en su asiento. El ingeniero del relato deconstruyó la forma en que el tiempo nos desbarata la vida misma. La muerte cortó con sus tijeras el hilo de su propia historia. Kronos le gritó en sus oídos y él desplazó sus orejas a una revelación más señera. Dijo que el *récit* era el orden real de los sucesos del texto, que *l'histoire* era la secuencialidad real de los sucesos y la *narration* el acto de relatar en su propio devenir temporal. Con esto abrió un agujero negro, y, en esas extrañas coincidencias de la muerte, sus pasos encontraron los pasos de Stephen Hawking —¡otro artífice del tiempo!— quien muriera dos meses

antes que él. Quizá caminan juntos, o quizá se pusieron de acuerdo para clavar una puñalada al Kronos devorador del tiempo, a orillas del Nilo, cerca de la fuente en que bebió Cleopatra el amor de Antonio, cerca de la cumbre donde la

muerte arroja a sus hijos por ese agujero del que surgen las historias secretas de fantasmas y duendes.

[1] Genette, Gérard. 1966, 1969 y 1972, respectivamente.

Traducción

Traducción

An principatus Augusti merito inter feliciores reipublicae Romanae aetates numeretur?

Traducción y notas por David Arboleda Méndez
davida.arboledam@tutanota.com

An principatus[1] Augusti merito inter feliciores[2] reipublicae Romanae aetates numeretur?

¿Se encuentra merecidamente el principado de Augusto entre las épocas más prósperas de la República romana?

Karl Marx

El presente texto fue escrito por Marx en 1835, hizo parte de una serie de ejercicios requeridos para evaluar una de las materias del currículum de formación del joven Marx: *latinitas*. Esta contenía la lengua, la historia social, política y cultural de la antigua Roma. La divulgación del texto ha sido prácticamente inexistente en nuestro

medio y solo hasta el 2010 se publicó la primera traducción al español. Por tal motivo, considero pertinente esta nueva traducción en la que el lector encontrará no solo diferencias estilísticas, sino también conceptuales, que enriquecerán su lectura.

Quien busca conocer la naturaleza de la época de Augusto tiene muchos datos con base en los cuales puede emitir un juicio. La primera forma de proceder es comparar la época de Augusto con las demás épocas de la historia de Roma, pues, si se demuestra que esta fue similar a las llamadas *felices*, pero diferente a aquellas que los antiguos y otros más recientes juzgan decadentes por las costumbres degeneradas y deformadas a su peor aspecto, por el Estado dividido en facciones, amén de las guerras mal dirigidas, entonces se puede llegar a una conclusión sobre la época de Augusto. Posteriormente, se debe inquirir qué decían sobre ella sus contemporáneos, qué percepción tenían aquellos que eran ajenos al poder[3], lo respetaban o lo despreciaban. Por último, es necesario conocer cuál era el estado de las artes y las letras.

Para no extenderme más de lo necesario, compararé la época más bella [*pulcherrimam*] anterior a Augusto, en la que el sur de Italia comenzaba a ser subyugado, en ella prevalecieron la sencillez de las costumbres, el amor por las virtudes y la integridad de los

magistrados y los plebeyos. Así mismo, compararé la época de Augusto con la de Nerón, que es la peor.

En ningún otro momento de su historia los romanos rechazaron tanto las *optimae artes*[4] como en la época anterior a las guerras púnicas: la erudición no era valorada, los mejores hombres de esta época pusieron su esfuerzo y trabajo especialmente en la agricultura. La elocuencia era considerada inútil, puesto que decían conducir sus asuntos con pocas palabras y no buscaban la elegancia del discurso, sino la fuerza comunicativa. En efecto, la historia no precisaba elocuencia, ya que, su función consistía solamente en referir hechos notables [*res gestae*] y en confeccionar anales.

Pero toda esta época estuvo plagada de disputas entre los patricios y los plebeyos, pues, desde la expulsión de los reyes hasta la primera guerra púnica combatieron por el poder y la mayor parte de la historia solo se refiere a las leyes que tribunos o cónsules hicieron con mucho esfuerzo de parte y parte.

Queda dicho ya lo que se debe elogiar de esta época.

Ahora, si queremos describir la época de Nerón no son necesarias muchas palabras, ya que, asesinados los mejores ciudadanos, violadas las leyes, reinando un juicio infame, Roma incendiada y con los generales temiendo que sus logros suscitaran sospecha y sin nada que los indujera a las grandes hazañas [*res gestae*], buscaban la gloria en la paz más que en la guerra. ¿Quién preguntará, entonces, cómo fue aquella época?

A decir verdad, nadie puede dudar que la época de Augusto es diferente a la de Nerón, pues su gobierno [*imperium*] se caracteriza por la clemencia[5]: pese a que toda forma de libertad había desaparecido, a que las leyes y las instituciones habían cambiado por orden del *príncipe* y los poderes que, anteriormente, tenían los tribunos, los plebeyos, los censores y los cónsules fueron ocupados por un solo hombre, los romanos pensaban que eran quienes gobernaban. Ellos creían que *imperator*[6] era sólo otra forma de referirse

a los poderes que, previamente, detentaron tribunos y cónsules; su libertad, entonces, había desaparecido, pero no se percataron de ello. No obstante, una prueba de clemencia se encontraba en la posibilidad de que los ciudadanos cuestionaran quién era el *príncipe*, si gobernaban o eran gobernados.

En la guerra, sin embargo, los romanos nunca fueron más afortunados, pues los partos habían sido sometidos, los cántabros vencidos, los recios y los vindélicos abatidos. Pero los germanos, los mayores enemigos de los romanos, a quienes César había combatido en vano, los superaron en cada contienda, a traición, con astucia, valentía y dentro de sus bosques[7]. No obstante, en general, el poder de muchos de los pueblos germánicos fue reducido completamente por Augusto, ora porque este les otorgó la ciudadanía romana, ora por los combates dirigidos por experimentados generales, ora por las enemistades surgidas entre ellos.

En consecuencia, en la paz y en la guerra, la época de Augusto no puede ser comparada con la de Nerón ni con

las de los peores *príncipes*.

Además, los partidos y las disputas que hallamos en la época previa a las guerras púnicas, para entonces, habían terminado, pues Augusto reunió en sí todas las facciones, todos los cargos públicos y todo poder político. En estas circunstancias, el poder [*imperium*] no podía escindir-se de su figura, lo que representa el mayor peligro para cualquier Estado, ya que debilita la autoridad sobre los ciudadanos externos a la capital[8] y lleva a que los asuntos públicos se administren más por ambición que por el bienestar de los ciudadanos.

Ahora, nuestra mirada no debe precipitarse a considerar la época de Augusto de tal manera que no veamos que fue inferior en muchos aspectos a aquella que hemos llamado próspera, pues las costumbres, las virtudes y la libertad habían sido socavadas, mientras reinaban la avaricia, la lujuria y el exceso. Esta época, entonces, no puede ser llamada *felix*. Sin embargo, el poder supremo [*imperium*][9] de Augusto, las instituciones y las leyes de los hombres que había elegido para que restituye-

ran la grandeza a la agitada república, lograron en gran medida que el caos ocasionado por las guerras civiles terminara.

Por ejemplo, vemos que Augusto purga el Senado, al que habían ingresado los hombres más corruptos, expulsando de él a quienes les resultaban odiosos por sus costumbres e introduciendo a muchos que destacaron por su valor e inteligencia.

Bajo el régimen de Augusto, inclitos varones estuvieron siempre al servicio de la república. Porque, ¿se pueden nombrar mejores hombres que Mecenas y Agripa? Aunque el *príncipe* nunca estuvo libre de fingimiento, parece que no abusó de su poder y que no ejerció la odiosa fuerza de manera desmesurada. Y si bien la república anterior a las guerras púnicas era la mejor forma de esta para aquel entonces porque impulsaba los ánimos a grandes hazañas, convirtió a los hombres en temibles para sus enemigos y despertó una noble [*pulchra*] rivalidad entre patricios y plebeyos, la cual no siempre estuvo exenta de re-

sentimiento. La república, entonces, que instauró Augusto parece ser la más apropiada para su tiempo, porque debilitados los ánimos, abandonada la sencillez de las costumbres y con una población creciente, el *imperator* es más capaz de llevar la libertad al pueblo que una república libre.

Ahora, ¿cuál fue la opinión de los antiguos sobre la época de Augusto?

Lo llamaban el divino y lo consideraban no un hombre, sino más bien un dios. Lo que no solo atestiguan las palabras de Horacio, pues, Tácito, el diligente historiógrafo, siempre habla de Augusto y su época con enorme reverencia, gran admiración y pasión.

En efecto, las letras y las artes nunca florecieron tanto como en aquel momento: vivieron muchísimos escritores, de cuyas fuentes casi todos los pueblos bebieron sus conocimientos.

En definitiva, cuando la república parece estar ya bien establecida, el *príncipe* deseoso de llevar la prospe-

ridad [*felix*] al pueblo incorpora en su gobierno a los mejores hombres. Como vemos, las disputas y las diferentes facciones desaparecieron al tiempo que las artes y las letras realmente florecieron. De ahí que consideremos que la época de Augusto no es inferior a las mejores épocas de la historia de Roma, sino diferente a las malas. Por ende, el *principado* de Augusto debe ser contado merecidamente entre las mejores épocas de Roma y el *príncipe* como un hombre con mucho poder que, aunque todo le estaba permitido, después de asegurarse el poder absoluto [*imperium*] se dedicó a trabajar por el bienestar de la república.

Traducido a partir del texto en latín que se encuentra en [Bibliotheca Augustana](#).

Notas:

[1] El principado [*principatus*] es una institución que surge con Octavio Augusto, que se superpone a la *res publica* pero no la reemplaza. Se caracteriza por ser una simbiosis constitucional en-

tre un poder autocrático, representado en el *princeps* (*príncipe*), primer ciudadano, que busca reformar el caos de la república tardía –*Novus Status*– y retomar las instituciones del pasado, el viejo orden senatorial. De Ahí que se hable de *res publica restituta* (Brown, 2016). Ahora, el *príncipe* es un guía y no un βασιλεύς o *rex*, figura que resultaba chocante a los romanos. Así pues, el *principatus* tiene un fundamento legal que es “la soberanía delegada del pueblo en los *comitia*. De esa soberanía o *maiestas* se desprende el pueblo otorgándsela a Octavio por voto expreso y para siempre, lo cual garantiza la duración del régimen personal” (Buisel, 2014). En otras palabras, el *principatus* es una forma de gobierno que surge con Augusto en la que se pretende mantener un equilibrio, fingido o real, entre el poder del *princeps* y el *senatus*.

[2] *Feliciores*, forma comparativa de *felix*. En latín tiene diversos significados que no son equivalentes en español, pero que no son excluyentes si se pretende calificar la época de Augusto: “dichoso”, “próspero”, “fecundo”.

[3] En latín *externae gentes de imperio*. En este sintagma dos conceptos me resultan particularmente problemáticos: *gentes* [nom. *gens*] e *imperio* [nom. *imperium*]. El primero de ellos puede traducirse por “pueblos” (aquellos ajenos a la romanidad, generalmente bárbaros, extranjeros). Pero también puede traducirse por familias (aquellas que pertenecen a una misma línea, descendientes de un antepasado común, con un mismo culto y un mismo *nomen*. Julio César, por ejemplo, pertenece a la *gens Iulia*). Ahora, en relación con estos significados, considero que en este contexto debería tomarse *gens* en sentido figurado, como el conjunto de partidarios del *príncipe*, por lo que las *externae gentes* serían aquellos que se le oponían en el ejercicio de su poder. En razón de esta interpretación entiendo *imperium* como ‘poder’, autoridad, facultad, jurisdicción que tiene el *príncipe* para mandar o ejecutar algo. Otra forma de traducir este sintagma sería tomar *imperium* como el conjunto de territorios que se encuentran sometidos por un poder central, encarnado en una figura como el *príncipe* o un emperador y *externae gentes* como los pueblos externos o fuera del

control de este poder central. Vázquez Velázquez (2010) traduce: «los pueblos externos al imperio» y su argumento es el siguiente «He aquí un ejemplo del nacionalismo germano subyacente en las palabras del joven bachiller. (...) Tomando en cuenta que, al usar el adjetivo *externæ*, se refiere a los pueblos que en la época de Augusto no estaban sometidos, entre ellos la Germania, son elevados por Marx a la misma categoría que ostenta Roma, incluso por la grandeza de sus orígenes históricos así como mitológicos y dinásticos» (p. 79). Lo cual puede no ser falso, sin embargo, a lo largo del texto *imperium* no se usará de nuevo en este sentido. Así mismo, parece poco probable que Marx pretendiera exponer la opinión de los germanos, por decir, contemporáneos a Augusto cuando las fuentes son prácticamente inexistentes y no solo esto, metodológicamente tal información aportaría bastante poco al objetivo del autor. En consecuencia, considero que el sentido de este sintagma está encaminado a hacer referencia a aquellos que eran contrarios al régimen de Augusto, que no eran pocos: “No todos estuvieron de acuerdo, y hubo una serie de conspiraciones

reales o supuestas. Pero por lo general, durante su largo reinado se impuso el silencio a los críticos, o al menos se encubrieron, de tal suerte que pocos de ellos llegaron a la posteridad” (Grant, 1960, p. 47). Ahora, esto tampoco es desarrollado a lo largo del texto.

[4] *Optimæ artes*, las mejores artes. En principio, no deberían confundirse con las *artes liberales*, las cuales constituyen el conjunto de materias o habilidades que en la antigüedad eran consideradas esenciales para cualquier hombre libre. *Artes liberales* sugiere el estatus socio-económico y jurídico del hombre libre (*liber*, como opuesto a esclavo) (Gottfried, 2017). En cambio, *optimæ artes* sugiere un estatus noble o aristocrático, en el sentido de las artes intelectuales que solo podían realizarse en el tiempo libre por la nobleza romana (Gottfried, 2017). Entre las que se encuentran la retórica, la filosofía, la literatura y la filología (Requejo Prieto, 2011; Leichteweis, 1941).

[5] Aunque en este apartado la clemencia de Augusto se presentará de forma irónica, al final del texto la posición de

Marx sobre la actitud del *príncipe* Augusto parece estar muy cercana a la que expresa Séneca (1988) sobre este cuando entrado ya en años modera su ímpetu: «La verdadera clemencia, César, es la que tú ofreces, la que empezó sin tener que arrepentirse de la crueldad, el no tener mancha alguna, el no haber derramado nunca la sangre de un ciudadano. Cuando se tiene el máximo poder [*máxima potestate*], éste es el verdadero control del espíritu, y éste el amor que incluye a todo el género humano: no poner a prueba cuánto le es posible contra sus conciudadanos dejándose llevar del apasionamiento, de la osadía de su carácter, de los ejemplos de gobernantes anteriores, sino embotar el filo de su poder» (p. 32).

[6] El título de *imperator* tiene sus orígenes en la época republicana y algunos autores (Ames, 1999) lo reconocen como la célula germinativa del título imperial (*príncipe*). En un principio este título tenía un carácter esencialmente honorífico e «indicaba al poseedor del *imperium* en el campo de batalla, más tarde el título podía ser otorgado al general por aclamación de los soldados después

de la batalla y posteriormente debía ser reconocido por el senado, de allí que se convierta en un título de honor» (Ames, 1999, p. 55). Es decir, en Augusto este título, que luego adoptará como *praenomen*, no supone más que la afirmación de su valor militar tras derrotar a Marco Antonio en la batalla Accio. Tal título no es la condición de su poder, ya que, este no puede ser investido de una función imperial que no existía antes de él; en Augusto tanto el poder real como oficial es anterior a la adopción de su título de *imperator* (Lesuisse, 1961). Marx, sin embargo, parece hacer uso de *imperator* como equivalente a *príncipe*.

[7] Una de las más renombradas derrotas en territorio germano se dio en los bosques de Teutoburgo, allí perecieron más de 15.000 legionarios romanos (Wells, 2004).

[8] En latín *populos externos*. *Populos* hace referencia al conjunto de ciudadanos, habitantes, de una ciudad o un Estado. En tal sentido, considero que *externos populos* se refiere a todos aquellos ciudadanos que habitan las provin-

cias romanas. Pues, la *auctoritas* supone una relación de reconocimiento, en donde el ejercicio de poder que conlleva es juzgado legítimo.

[9] En este contexto entiendo *imperium* como el ‘poder supremo’ «otorgado por el pueblo a ciertos magistrados o confiado fuera de la magistratura, es decir, delegación de la soberanía del Estado,

que lleva consigo el mando militar y la jurisdicción» (Segura Munguia, 2003, p. 358). Como comentamos anteriormente, las facultades de mando del *príncipe* siempre fueron legitimadas por el pueblo.

"Luck" de Mark Twain (Traducción)

Nota: El texto traducido y publicado en este número de Filología es una edición del cuento Luck, publicado originalmente en la revista Harper's Magazine en 1891. Esta edición fue publicada por el sitio web especializado en la enseñanza del inglés Learning English: <https://learningenglish.voanews.com/a/luck-mark-twain/4075997.html>

Traducción por: Sebastián Santamaría Présiga
sebastian.santamaria1@udea.edu.co

Asistencia editorial: Isabel Cristina Galbán
icgcapdevielle@gmail.com

Estaba en una cena en Londres que se celebraba en honor a uno de los militares ingleses más célebres de la época. No quiero decirte su nombre real ni sus títulos. Solo lo llamaré Teniente General Lord Arthur Scoresby.

cuando vi a este gran y famoso hombre. Allí estaba sentado, el mismísimo hombre, en persona, todo cubierto de medallas. No podía quitarle los ojos de encima. Parecía mostrar la verdadera marca de la grandeza. Su fama no tenía efecto sobre él. Los cientos de ojos que

No puedo describir mi emoción

lo observaban, la adoración de tanta gente, no parecían hacer ninguna diferencia para él.

Junto a mí se sentó un clérigo que era un viejo amigo mío. No siempre fue un clérigo. Durante la primera mitad de su vida, fue profesor en la escuela militar de Woolwich. Había una mirada extraña en sus ojos, mientras se inclinaba hacia mí y murmuraba: «Entre nos, es un completo imbécil». Se refería, por supuesto, al héroe de nuestra cena.

Fue como una sacudida para mí. Miré fijamente a mi amigo. No podría haber estado más sorprendido si hubiera dicho lo mismo sobre Napoleón, Sócrates o Salomón. Pero estaba seguro de dos cosas sobre el clérigo: siempre decía la verdad y sus juicios sobre los hombres eran correctos. Por eso, quería averiguar sobre nuestro héroe tan pronto como pudiera.

Unos días más tarde, tuve la oportunidad de hablar con el clérigo y me contó más. Estas fueron exactamente sus palabras:

«Hace más o menos cuarenta años, fui instructor en la academia militar de Woolwich cuando un joven Scoresby hacía su primer examen. Sentía extrema lástima por él. Todos contestaban bien las preguntas, inteligentemente, mientras que él, ¡Dios!, no sabía nada, por así decirlo.

»Era un joven amable y agradable. Era doloroso verlo allí parado, tratando de dar respuestas que eran milagros de la estupidez.

»Sabía claramente que cuando lo examinaran de nuevo fallaría y lo expulsarían. Entonces, me dije a mí mismo que ayudarlo tanto como pudiera sería un acto simple e inofensivo.

»Lo aparté y encontré que sabía un poco sobre la historia de Julio César. Pero no sabía nada más. Así que me puse a trabajar; lo puse a prueba y lo hice trabajar como un esclavo. Lo hice trabajar, una y otra vez, en unas cuantas preguntas sobre César que sabía que le preguntarían.

»Créeme, lo hizo muy bien el día

del examen. Recibió grandes elogios también, mientras que otros que sabían miles de veces más recibieron fuertes críticas. Por algún extraño y afortunado accidente, solo le hicieron preguntas sobre lo que le hice estudiar. Un accidente así no pasa más de una vez.

»Bien, durante todos sus estudios, estuve con él con el mismo sentimiento que tiene una madre por su hijo con discapacidad. Y siempre se salvaba por algún milagro.

»Pensé que lo que lo destruiría al final sería el examen de matemáticas. Decidí hacer su final lo menos doloroso posible, así que embutí datos en su estúpida cabeza por horas. Finalmente, lo dejé ir al examen para que experimentara lo que seguramente sería su expulsión de la escuela. Bien, señor, intente imaginar el resultado. Quedé realmente impactado. ¡Obtuvo el primer puesto! Y recibió los más grandes elogios.

»Me sentía culpable día y noche, lo que estaba haciendo no era lo correcto. Pero solo quería hacer de su expulsión algo menos doloroso para él. Nunca

pensé a lo que llevarían tales extraños e irrisorios resultados.

»Pensaba que tarde o temprano algo seguro iba a pasar: La primera prueba real por la que pasase, una vez estuviera en la escuela, lo arruinaría.

»Luego, estalló la guerra de Crimea. Me hacía sentir mal que él que tuviera que ir a la guerra. La paz pudo haberle dado a este burro una oportunidad de librarse de ser descubierto como un gran estúpido. Ansiosamente, esperé que ocurriera lo peor. Y pasó. Lo nombraron oficial. ¡Capitán, para colmo! ¿Quién podría haber imaginado que pondrían tal responsabilidad en unos hombros tan débiles como los suyos?

»Me dije a mí mismo que le era responsable al país por esto. “Debo ir con él y proteger la nación de él tanto como pueda”. Así que me enlisté con él y fuimos lejos al campo de batalla.

»Y allá, ¡Dios!, fue espantoso. Errores, terribles errores, ¡fue terrible! No hizo nada que fuera correcto, nada, sino errores. Pero ves, nadie sabía el se-

creto de qué tan estúpido era realmente. Todos malinterpretaban sus acciones. Veían sus estúpidos errores como obras de gran inteligencia. ¡Francamente lo hicieron!

»Sus errores más pequeños hacían que un hombre en su sano juicio llorara y gritara y berreara también— para sí mismo, por supuesto—. Y lo que me mantenía con un miedo continuo era el hecho de que cada error que hacía incrementaba su gloria y fama. Seguía diciéndome a mí mismo que cuando por fin investigaran sobre él, sería como si el sol cayera del cielo.

»Continuó escalando puestos sobre los cuerpos muertos de sus superiores. Luego, en el momento más ferviente de una batalla, cayó nuestro coronel. Se me heló el corazón, porque Scoresby era el siguiente en la línea de mando para tomar su lugar. “Ahora, estamos en problemas”, dije...

»La batalla se volvió más intensa. Los ingleses y sus aliados estaban retirándose del campo continuamente. Nuestro regimiento ocupaba una posi-

ción que era extremadamente importante. Cualquier error ahora traería consigo un desastre total. ¿Y qué hizo Scoresby esta vez? Solo confundió su mano izquierda con su mano derecha... eso fue todo. Tenía una orden, retirarse y apoyar nuestro flanco derecho. En vez de eso, fue hacia adelante y subió la colina por la izquierda. Estábamos sobre la colina antes de que este descabellado movimiento pudiera descubrirse y abortarse. ¿Y qué encontramos? ¡Un gran e insospechado ejército ruso esperando! ¿Y qué pasó? ¿Fuimos asesinados? Eso es exactamente lo que hubiera pasado en noventa y nueve de cien casos. Pero no, esos rusos sorprendidos pensaban que ningún regimiento por sí mismo pudiera llegar allí en esos momentos.

»“Debe ser la armada británica completa”, pensaron. Salieron despavoridos, huyeron y corrieron colina abajo hacia el campo en un desorden bárbaro, y nosotros tras ellos. En un santiamén, ocurrió la retirada más grande que hubiera visto. Los aliados convirtieron una derrota en una victoria brillante y de gran envergadura.

»El comandante aliado observaba mientras su cabeza giraba con asombro, sorpresa y alegría. Mandó en el acto por Scoresby, puso sus brazos alrededor de él y lo abrazó en el campo en frente de todas las tropas. Ese día, Scoresby se ganó su fama de gran líder militar, respetado alrededor del mundo. Ese honor nunca desaparecerá mientras existan los libros de historia.

»Es tan amable y agradable como siempre, pero aún no sabe lo suficiente para poner los pies en la tierra. Es el hombre más estúpido en el universo.

»Hasta ahora, nadie lo sabía, salvo Scoresby y yo. Una suerte extraña lo ha seguido, día tras día, año tras año. Ha sido un soldado brillante en todas nuestras guerras por años. Ha llenado

toda su vida militar con errores. Cada uno de ellos le trajo otro título honorífico. Mira su pecho, inundado con medallas británicas y extranjeras. Bueno, señor, cada una de ellas es el registro de alguna u otra gran estupidez. Son pruebas de que la mejor cosa que le puede pasar a un hombre es haber nacido con suerte. Lo digo de nuevo, tal como lo dije en la cena, Scoresby es un completo imbécil».

“Sessiz Gemi” (Traducción)

Traducción por: Sebastián Naranjo Monsalve
sebastian.naranjom@udea.edu.co

Sessiz Gemi (1930)

Yahya Kemal Beyatli (1884-1958)

*Artık demir almak günü gelmişse za-
mandan*

*Meçhule giden bir gemi kalkar bu li-
mandan.*

*Hiç yolcusu yokmuş gibi sessizce alır
yol;*

*Sallanmaz o kalkışta ne mendil, ne de
bir kol.*

*Rıhtımda kalanlar bu seyahatten
elemli,*

*Günlerce siyah ufka bakar gözleri
nemli,*

*Biçare gönüller! Ne giden son gemidir
bu!*

*Hicranlı hayatın ne de son matemidir
bu.*

Dünyada sevilmiş ve seven nafile bekler;

*Bilmez ki giden sevgililer dönmeyece-
kler.*

Bir çok gidenin her biri memnun ki ye-

rinden,

*Bir çok seneler geçti; dönen yok seferin-
den.*

Navío silencioso

Si ha llegado ahora el día de levar anclas del tiempo
Hacia lo desconocido va un navío que parte desde este puerto.

Como si no tuviese pasajero alguno emprende camino silencioso;
Sin agitarse en la partida ningún pañuelo, ningún brazo.

Con tristeza en el muelle los que quedan,
Durante días con ojos húmedos el negro horizonte contemplan,

¡Desdichados corazones! ¡Este navío no es el último que parte!
Ni aun este el último lamento de sus tristes vidas.

En la tierra el amado y el amante esperan vanamente,
Pues ignoran que no volverán los enamorados que parten.

Quizá cada uno de los muchos que se van está satisfecho en su lugar,
Pues muchos años han pasado, y ninguno de su expedición ha regresado.

Escritura creativa

Que me parta un verso

Álvaro Cruz

Que me parta un verso

Que me mate

Que me vuelva tierra y polvo o aire

O me reviva

Y fructifique

Ninguna realidad sobrevive un verso

Solamente la historia y el verso

Pueden rimar

Ningún verso es un problema

Solo una solución

La voz es el único problema

Y que versos tan versos

No nos maten

El mundo existe a pesar de la palabra

O contra ella

Que es como un verso

Solo la poesía tiene versos

Al final de la voz

Tal lujo siempre será ajeno al poema

El verso de la poesía

Es nunca poder morir de ella

Si no fuera el mundo tan aéreo

Y tan terrible

No habría poemas

La poesía del mero ser

Sería más que suficiente

Pero el mundo precisa de poemas desde siempre

Que me parta un verso.

Poema VIII

Yuliet Andrea Tirado

Y se fue como la lluvia que no dice a
dónde va.

Se fue con el silencio, se fue en la oscu-
ridad.

Caminó por mil senderos, nunca miró
atrás.

Esperé que me mirara, esperé una
eternidad.

Cruzó mares y caminos, buscando a
quien amar.

Encontró un y mil amores, encontró
más que buscar.

No hubo rayos ni tormentas que pudie-
ran detener

sus ansias, sus deseos, su interminable

sed.

Y se fue como los ríos buscando un an-
cho mar

y mientras, yo esperaba, sumida en la
soledad.

¿Será que volverá? –tristemente me decía.

Vendrá en la claridad, con la luz de un
nuevo día.

Y mientras yo esperaba, una carta,
una ilusión,

mi vida marchitaba, se moría el cora-
zón.

Su promesa él hoy rompía, se quebraba
la armadura

porque ya nada existía, ni el amor ni la cordura.

Muy grande fue el agravio, yo nunca lo acepté.

No importaba, yo esperaba, esperaba así por él.

Se fue para no volver, muy dentro él lo sabía.

Pero yo no era él, era yo la que sufría.

Perdida en la locura de un amor que no existió

¿Fue por la noche oscura o por mí que no volvió?

Y ya no hubo risas, ni llanto ni dolor.

Solo quedaron cenizas, cenizas de aquel amor.

Muy tarde él regresó cuando yo ya no existía

¿Qué fue lo que hice mal? –a sí mismo se decía.

–¿Fue no decirle adiós o que yo no volvería?

–¿Qué fue lo que hice mal? Pero nunca él lo sabría.

Basil, domador de tormentas

Spadáfora

El tiempo no daba tregua, el inclemente frío y las torrenciales lluvias hacían de esta ciudad un completo desastre. Las angulosas calles convertían los caminos en pequeños, pero turbulentos ríos. De los cuales bajaban con gran furor las piedras, arena, pedazos completos de una desmembrada palma, que no tuvo la fortuna de sobrevivir a las violentas arremetidas de la impetuosa lluvia. Que llevaba más de tres horas asediando la metrópolis del Aburrá, sin conseguir rendir la aún. Sin embargo, no amainaba y mucho menos daba señales de rendirse. Quizá, hasta volver a inundar la autopista norte o derribar centenarios árboles que cuentan fragmentos de la historia, de la muy temida estirpe que deja tronantes hachas a sus descendientes.

Mientras la ciudad era azotada por una réplica a menor escala del dilu-

vio, yo observo desde la ventana de mi casa, un tercer piso. La bruma, los truenos, los chispeantes rayos y la sinfonía en *allegro assai*, que crea la emocionada lluvia al besar con vehemencia las tejas de Eternit y la canaleta de aluminio. En otros tiempos estaría ocupado en la penosa tarea de mantener la casa a flote. Debido a unos horribles desperfectos en el tejado, que convertían la cubierta de la sala y la cocina en una entrada para las aguas que importunaban con su visita. Tiempo atrás, me vi obligado a transformarme en uno de esos osados y orgullosos marineros de apartamentos; fue hace ya muchas lunas en una tormenta cuatro veces más implacable que la ya referida. Pues esta no era solo agua y luces, sino que venía junto a un pequeño ciclón, munición de metralla congelada del peor calibre “granizo punto cincuenta”. Aparte, se había alimentado de lluvias anteriores

dejándolas encerradas y agazapadas en las nubes cercanas, para garantizar un ataque más letal y dejar gravemente comprometidos a los sobrevivientes de tan colosal sitio.

Yo me encontraba tranquilo en mi cuarto, rindiéndome de la melancólica y amorosa historia de *Ligeia* escrita por Edgar Allan Poe. Mientras que Bruno, el joven y atigrado gato que mi madre había adoptado, dormía plácido junto a mis piernas. El manto difuso del cielo, el aire frío que bajaba de la montaña y el aroma de la tarde, dejaban claro que se avecinaba un chubasco que me serviría de excusa para preparar un café con leche. Envolverme en mis cobijas, abrazar al gato y dejarme dominar completamente por la pereza. No pensar en nada y quizá dormir hasta que me diera hambre. O hasta que mi cuerpo me avisara, sutilmente que la vejiga era una represa a punto de ceder y debía evitar el desastre, haciendo un drenado controlado de emergencia, pero ¡Qué equivocado estaba!

La tormenta no comenzó con pequeñas goteras y se fue intensificando

hasta volverse peligrosa, sino que puso todas las cartas sobre la mesa de un solo golpe, y dejó suelta la primera de sus huestes. Una tempestad descomunal que tomó por sorpresa a cualquier transeúnte ocasional, que había tomado la mala decisión de hacer sus compras justo en ese momento. Como era de esperarse, tal arremetida hizo que comenzara a filtrarse el agua por el techo de la cocina. Detuve mi lectura, después de terminar muy a gusto el ya iniciado párrafo. Fui a ver qué tan grave era la inundación, en menos de diez minutos había logrado encharcar toda la cocina. Se derramaba ávidamente por el pasillo, para conquistar otros territorios de mi domicilio. Con desagrado y un poco de rabia, fui por la trapeadora con el balde y comencé con premura a secar lo más que pudiese. Evitando así, momentáneamente el avance conquistador que amenazaba mis vastos territorios.

Los truenos se hicieron sentir en lo alto de la bóveda celeste, con inusual constancia. Como trompetas de guerra, le hacían señas a los hábiles caballos tracios, indicándoles que su momento de actuar había llegado. Así fue, la

lluvia se agravó, los litros de agua que se deslizaban por los muros, las grietas, superaban con creces la pobre habilidad de mi cuerpo con el manejo del trapeador. Avanzando ahora con más determinación por los pasillos, llegando a lugares impensados de mi casa, colonizando para Poseidón algunas posesiones en tierra. Que servirán para dar alarde de su gran poder y furia, (¿Qué más terrorífico y poderoso, conquistar una casa enclavada en las montañas de una ciudad, la cual está a novecientos kilómetros del mar?).

Mi angustia se hizo más evidente, cuando el agua de la planta baja ocupaba quince centímetros de altura, mantenía la decidida tendencia a seguir subiendo. Aún después de haber abierto la puerta, y sacar inútilmente, a baldados lo que pudiera, siguió subiendo hasta llegar a los veinte centímetros de altura. En ese momento lo vi, me di cuenta que lo había olvidado por completo, Bruno. El habilidoso pirata saltador de jardines, navegaba plácidamente metido en el cajón de cosméticos de mamá remando con un cepillo y una paleta para eliminar callos. También,

tenía como periscopio los tubitos rosados para rizar el cabello, y como brújula un viejo reloj de pulso sin vidrio, cuyas manecillas giraban sin control. Alentado por mi contramaestre, busqué un cajón para armar mi propia nave y no terminar ahogado cuando el agua doblara mi altura.

El ataque estaba lejos de terminar, la terrible furia de Eolo se había apenas desatado. Soplando brutalmente sobre la cubierta, arremetía una y otra y otra vez. Como un viejo ariete, guiado por enardecidos invasores que saborean la sangre justo antes de que la puerta caiga, y los relucientes botines de carne y oro queden al descubierto. Decidí arriesgarme, navegar con mi contramaestre hasta las escaleras que llevan a la segunda planta, mucho más pequeña que la primera pero bien techada. Con un esfuerzo épico, lograr mi llegada hasta la torre de mi alcázar, la cual tiene una escotilla directa hacia los tejados maltrechos. Las rachas de viento eran siniestras, tanto así, que en ocasiones pensé lograrían derribarme antes de tocar el techo. En caso tal,

mi muerte estaría asegurada; pues me esperaba una caída de tres pisos por un angosto patio. Terminaría contra un complejo de juguetes y artículos de limpieza, que la gente del primer piso tiene apilados de manera descuidada. Después de salvar con éxito el primer obstáculo, comencé a poner las tejas en su lugar. Algunas querían ser libres y seguir el aliento de Eolo hasta donde las llevase. Mientras que otras, aterradas, se juntaban como una camada de cachorros para no ser separadas y dejadas a su suerte. Casi había terminado mi labor, los vientos estaban cesando y mi cuerpo se iba relajando. Pero, la brutal tormenta decidió usar su último recurso, el granizo. Caía sin piedad magullando mis brazos, mis piernas, castigando mi espalda e intentando reblandecer mi duro y testarudo cráneo, sin lograrlo. Regresé a toda prisa a las entrañas de mi casa. Bruno seguía manteniéndose a flote, sin perder la compostura de ninguno de los dos botes improvisados. Torné a mi embarcación decidido a ganar la batalla de una vez por todas y expulsar al invasor.

La tormenta cometió la desfacha-

tez de amainar e ir desapareciendo, la cantidad de líquido intruso se redujo a cero. Así que volví a tomar el balde, pero esta vez con mucha más decisión e inicié la tarea de desterrar el agua con la ayuda de mi contramaestre. Quien con mucho cuidado de no caer a la improvisada piscina, fue sacando con su vacío recipiente de alimentos, cada gota que lograba capturar. Después de dos horas de limpieza, logramos restablecer el dominio sobre nuestro territorio. Tomé una ducha de agua tibia no invasora, y caí rendido después de mis heroicos esfuerzos. Pero no sin antes darle comida, esa de sobre, a mi compañero marinero, se lo había ganado. Dos días después, en unas condiciones climáticas más favorables, cambié las tejas por unas nuevas y amarré todo lo que pudiera desatarse de la cubierta. Para finalizar, alargué los tubos de desagüe hasta la calle e impermeabilicé el interior de la cocina. Por eso puedo estar tranquilo en este momento, mirando desde la ventana de mi sala como esta nueva tormenta amenaza infructuosamente mi fortificado hogar. En caso de asediarme de nuevo, tengo listo un cajón más parecido a un barco con velas

hechas de sábanas, remos de cucharas de palo y espacio extra para Bruno, el temible salteador de jardines y yo, Basil el domador de tormentas.

El visitante

Por: **Andrés Dickinson**
andres.cardona4@udea.edu.co

Abotargado por el calor matinal, al salir del trabajo me dirigí al parque más cercano con miras a leer a Greene y su *Americano impasible*. Fui solo y cierta quietud me cobijaba el ánimo, sin embargo, estaba regocijado por la mañana a pesar del sol. Un mutismo se cernía sobre la gente acompañada por sus perros, el mismo mutismo que bebí de negra copa y que me hizo tambalear el tiempo. Un tiempo lento... ¡como para construir auroras cálidas y nutrir la mente de agasajos proveniente del Océano!

Me encontraba sentado en una banca de aquel parque mirando a oriente como un ebrio mira al mar, y de repente, quién sabe salido de dónde, un insecto empezó a vivir en mi antebrazo. Sus finas patas eran hilos humedecidos en el frío que me lamían la piel, sensa-

ción de cosquilleo que avisaba de otra vida.

Lo vi, jamás había visto algo semejante. Se me antojó, al contar las patas, que era una araña, pero casi al mismo tiempo vi que podría ser una cría de grillo. La cabeza era diminuta, con ojos como dos puntos que brillaban y que decían: “aquí hay un alma”. El cuerpo parecía una barcaza hecha de vidrio y debajo de una capa verdosa, traslucían las entrañas. En total eran ocho patas, ocho patas que lamían con gratitud mi carne, ocho patas que caminaron con una docilidad cercana al sueño de los dioses.

Le permití a mi alma acompañar a esta otra alma –que no sabía si era araña o era grillo– por el camino de la piel, el cual, igualmente impedía a ella

la salida. Recorrí palmo a palmo, con los ojos, la forma de este ser cuyo cuerpo era anodino. Los pelos de mi brazo eran raíces que hacían tropezar al caminante, quien continuaba dando tumbos, alborozado de esa nada que lo guiaba.

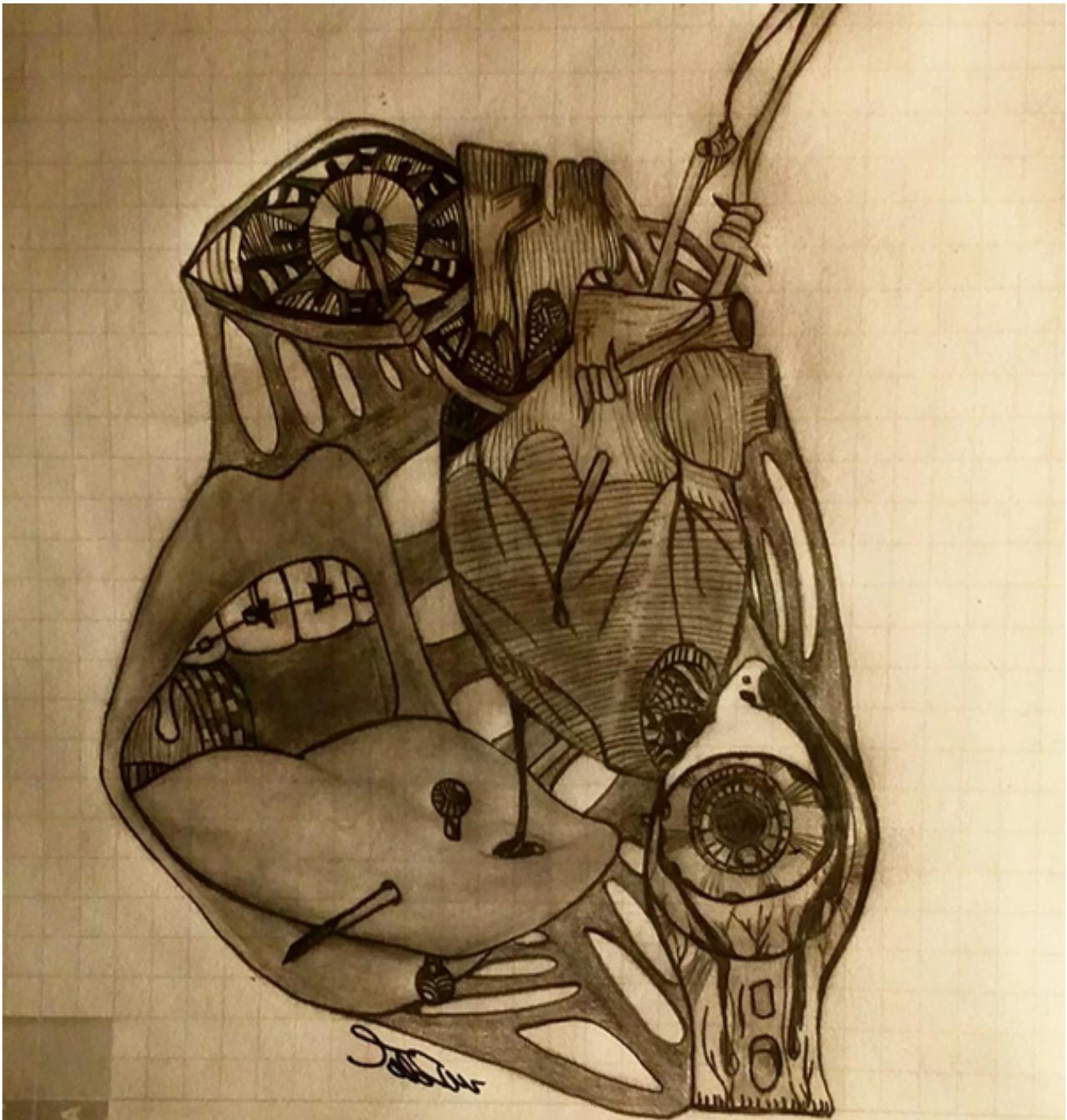
¿A dónde iba?, no lo sabía. Yo era su puente: en dos ocasiones le ofrecí mi dedo como ofrecían los titanes las montañas en la guerra. Entonces, reposaba su frágil cuerpo, se dejaba mecer por mis movimientos y lo sentí vivo. Me abstraí en el sentimiento y noté que el animal me miraba. Había levantado levemente su cuerpo y el diminuto alfiler de su cabeza dirigía sus dos puntos a mi cara, queriendo dar significado al ser. Me veía. ¿Estaría soñando? Tenía un gesto que decía: “Estoy vivo y siento que también lo estás. Gracias por no aplastarme”. Y no cesaba de mirarme, mejor dicho, de percibirme. Me atreví a moverlo, a despertarlo, si es que esa era su forma de dormir: con los ojos abiertos como los santos.

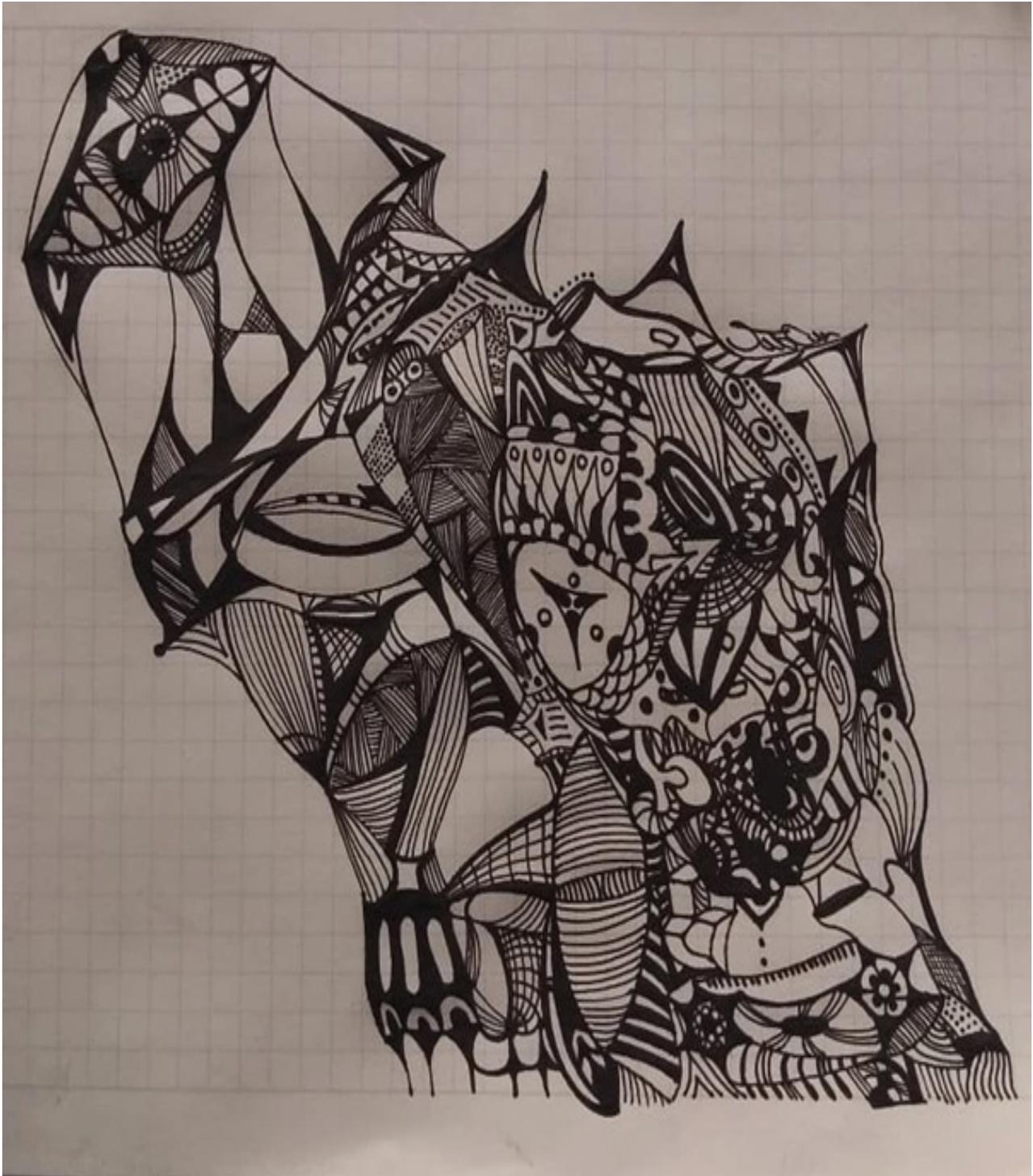
Al tocarlo volvió a ser él; continuó su camino. A mí, el tiempo me apremiaba. Había un cielo que vivía, moría y miraba a las montañas, así como a los hombres y a todos los seres que amortajaba con su sueño. De un momento a otro la cría de grillo desapareció en el vértigo del día, que soplaba y soplaba partículas que herían lentamente, aportando al deceso que finaliza en la negrura.

El mundo devoró mi ser. ¡Mi amigo, el grillo de vida fragmentada y destinada a vagar a merced del viento, desapareció de la nada! La mañana había avanzado, bastante. Era casi medio día. Este viaje no lo quisiera comparar con el que uno hace por el bosque. No. Y pese a todo es inevitable sentir vacío en el costado. Un alma había naufragado hasta quedar dormida en la memoria de mi piel.

Dibujos

Por: Felipe Taborda





Medievalmarginalia (dibujos)

Por: Maira Alejandra Zapata



Ilustración propia basada en un detalle de *Le Livre des hystoires du Mirouer du monde*, depuis la création, jusqu'après la dictature de Quintus Cincinnatus. (BnF, MS 328, f.8r. 15th century). Acuarela sobre papel.



Ilustración propia basada en un detalle de Book of Hoursuse of Chalon, (MS 6881 f. 72r). Acuarela sobre papel.



Ilustración propia basada en un detalle de Book of Hours, (MS M453 f. 139r).
Acuarela sobre papel.



Ilustración propia basada en un detalle de Book of Hours (Ms. 0482, f.60v).
Acuarela sobre papel.



Ilustración propia basada en un detalle de Office of the Dead (MS 0118, f. 281. Early 16th century. Acuarela sobre papel.

Lectura recomendada

“Del tema al problema” de Renán

Silva

Debo señalar de paso, que, entre todas las disposiciones que quisiera poder inculcar, está la capacidad de poder concebir la investigación como una práctica racional; no como una especie de búsqueda mística, de la cual se habla con énfasis, para tranquilizarse, con lo cual solo se logra aumentar el miedo y la angustia. Esta postura realista... está encaminada al máximo rendimiento de las inversiones y a la óptima distribución de los recursos, empezando por el tiempo del que se dispone. Pierre Bourdieu

El historiador Germán Colmenares enseñaba que “para investigar historia, había que saber historia”. A esa formulación la llamaremos “La parado-

ja de Colmenares”, explicando a continuación a través de un precepto breve en qué consiste: entre mayor conocimiento tengamos de un tema de investigación, mayores posibilidades tendremos de pasar de un tema a un problema, de seleccionar con alguna posibilidad de corrección los enfoques teóricos y de método básicos para la comprensión del problema empírico -tales enfoques son los únicos que hacen avanzar en el plano conceptual una investigación- y de precisar cuáles son las fuentes –los “datos”- adecuadas para intentar resolver en un espacio definido de verificación las preguntas formuladas. [\[1\]](#)

O dicho de otra manera: mientras más lejos nos encontremos de todo conocimiento real del tema sobre el cual queremos trabajar (su bibliografía, su estado del arte, conceptos en uso, etc.), más lejos estaremos de la posibilidad de transformar un “tema de investigación” (una idea vaga, una cuestión de “interés” de la que habla la prensa o uno de nuestros profesores, una ocurrencia que tuvimos en la mañana después de un sueño confuso, un recuerdo infantil, etc.) en un problema real de investigación.

“En un problema real de investigación”, es decir en la reconstrucción de *ese tema bajo una forma nueva*, una forma que resulta del rechazo de las sociologías espontáneas y de la puesta en entredicho de formulaciones teóricas que no se critican a sí mismas, y que no son más que el propio sentido común presentado bajo formas de discurso más o menos refinadas. [2]

La paradoja de Colmenares es simplemente, en este nivel, un llamado a que en la construcción de los problemas se opte de manera decidida

por los procedimientos inductivos, es decir por aquellos que intentan que la enunciación de un problema sea siempre el resultado de un primer contacto con la documentación –con los “datos”, con la observación, con diversas clases de fuentes- que muestra (y oculta) inicialmente los rasgos de un problema determinado; pero que buscan que las propias definiciones iniciales sean el resultado de un primer contacto con la bibliografía del problema, con los enfoques que han sido dominantes en la investigación del asunto, con el inventario de las preguntas –*cuyo régimen hay que establecer*- que han sido más frecuentes en un campo determinado, con la discusión de las principales respuestas que han sido planteadas como solución a tales preguntas.

Por ello toda formulación de un proyecto de investigación, por pequeño que sea, deber ser siempre ya el producto combinado de un primer esfuerzo de investigación, es decir, al mismo tiempo conocimiento de la literatura de un tema especificado, y un mínimo trabajo de terreno. Es a esto a lo que llamamos procedimientos “inductivos”, haciendo

un uso no muy exacto de la expresión (pues no se habla aquí –y entenderlo así sería un error de comprensión del lector o de expresión del *escriba-* de un camino que iría de los “hechos”, la “observación”, las “cifras” y las “fuentes”... hacia otra parte, que se llamaría la teoría [3]).

Lo que llamamos procedimientos *deductivistas* se caracteriza por tratar de transformar un tema en un problema a partir de una cadena rota, una cadena a la que le hace falta un eslabón esencial. En principio se tiene un “tema”, en el sentido más flojo de la expresión. Una especie de “idea de investigación” –como la que exigen por ejemplo algunos programas de Maestría en Colombia-, casi siempre producto de la angustia (“debo entregar un informe al respecto”) y de la desinformación casi absoluta (pero nunca he leído nada sobre el asunto). Una “idea” que se expresa casi siempre a través de una palabra vacía “identidad”, “género”, “pandillas”, “participación”, “cultura”, o a través de expresiones compuestas, igualmente vacías: las “identidades juveniles”, “las representaciones de género”, “la

participación comunitaria”, “la cultura popular urbana” (... todo lo que esté de moda, lo que aparece en el lenguaje de los profesores y de la prensa o títulos de libros vistos al azar de lo que exhiben las vitrinas, aparece válido en la búsqueda abstracta y desorientada de un “tema de investigación”).

Pero como falta todo contacto con la más mínima bibliografía y documentación, con la historia conceptual del problema, con los enfoques, preguntas y métodos que han sido dominantes en ese “campo” o en “campos” similares – todo eso constituye el *eslabón perdido-*, de inmediato se intenta el *salto vacío a la teoría*, que más o menos consiste en una búsqueda neurótica, inorgánica y superficial en la biblioteca más próxima, para saquear a un autor que, no importa cuál sea el contexto social e intelectual de sus elaboraciones, aparentemente habla de “eso”.

De ahí que el asunto siempre termine siendo abstracto y ecléctico, con el siguiente resultado: al principio teníamos una “idea”. No era gran cosa. Pero

de alguna manera era nuestra, producto de nuestros intereses vagos, de nuestras tendencias y apetencias y de nuestra des/in/formación. Ahora tenemos una al parecer nueva idea, aunque le reconocemos en el fondo de nosotros su carácter aun muy “abstracto”: la noción de identidad en sutano, el concepto de género en fulana, la teoría de la participación en mengano, o la “intertextualidad desterritorializante” (o cualquier barbaridad similar) en el nuevo profeta recién descubierto. Y arrancamos entonces orgullosos por el mundo en una carrera contra el reloj buscando cual de nuestras pobres o ricas realidades se deja aplicar el “esquema teórico” recién conquistado con el cual pensamos descifrar el enigma de la esfinge. A veces la “realidad” se deja apresar y admite *—en apariencia—* ser víctima de nuestras nuevas adquisiciones, y entonces los “conceptos” *—entresacados de aquí y de allá y un tanto deformados—* empiezan a cumplir con su paradójica misión de desfigurar la realidad.

El planteamiento de una investigación es todo lo contrario de un show o una exhibición en donde uno trata de lucirse y demostrar su valía. Es un discurso en el cual uno se expone, asume riesgos (para estar más seguro de desactivar los sistemas de defensa y neutralizar las estrategias de autopresentación, quisiera poder tomarlos por sorpresa sin que estén prevenidos o preparados; sin embargo no se preocupen, sabré respetar sus titubeos). Mientras más se expone uno, mayores probabilidades tendrá de sacra provecho de la discusión, y más amistosas serán... las críticas o las sugerencias (la mejor manera de “liquidar” los errores, y los terrores que a menudo los motivan, sería riéndonos de todos ellos juntos). **Pierre Bourdieu.**

[1] Diversas observaciones de Germán Colmenares nos ponen de presente qué era lo que él entendía por “entrar en conocimiento de un problema”: 1. Conocimiento de la bibliografía corriente del problema... como “estado del arte”. 2. Conocimiento e inteligencia de los principales conceptos o nociones a través de los cuales ha sido pensado el problema. 3. Conocimiento detallado de las prin-

principales *hipótesis en curso* acerca del problema en discusión y conocimiento mínimo de la formas de constitución histórica del problema (es decir la manera como algo llegó ser problema de conocimiento para las ciencias sociales).

[2] Se puede tratar incluso de soluciones que van más allá de las simples “sociologías espontáneas”, que constituyen estados superados del propio conocimiento crítico (por lo demás, las llamadas “sociologías espontáneas” cobijan a todos los practicantes de las ciencias sociales y no simplemente a los sociólogos. El olvido de este elemental principio produce una ilusión que hace que, por ejemplo, los historiadores se sientan liberados del trabajo epistemológico crítico y aborden nociones como las de “vida pública” o “vida cotidiana”, “género” –entre muchísimas otras-, con la más absoluta ingenuidad.

[3] “Quisiera decir antes que la

teoría no se puede confundir con la abstracción; por consiguiente no se opone a lo concreto. No creo que se pueda tomar la palabra con el sentido que tenía en el siglo XIX: una especie de representación general de conceptos. Ése es el sentido que todavía encontramos en diccionarios como el *Dictionnaire philosophique* de Lalande. Por otra parte, algo normal en aquella época en que predominaba una especie de racionalismo empírico y cuentista, la palabra “teoría” tenía un sentido general bastante peyorativo; se la oponía siempre, no a la práctica en el sentido marxista del término, sino precisamente a la experiencia, al control de los hechos, en manos del modelo o, en cualquier caso, del superyó de las ciencias experimentales. Por lo tanto, para mí, la teoría no es una abstracción y no se opone a lo concreto”. Roland Barthes, “Sobre la teoría” [1970], en *Variaciones sobre la escritura* [1993]. Barcelona, Paidós, 2002, pp. 73-74